

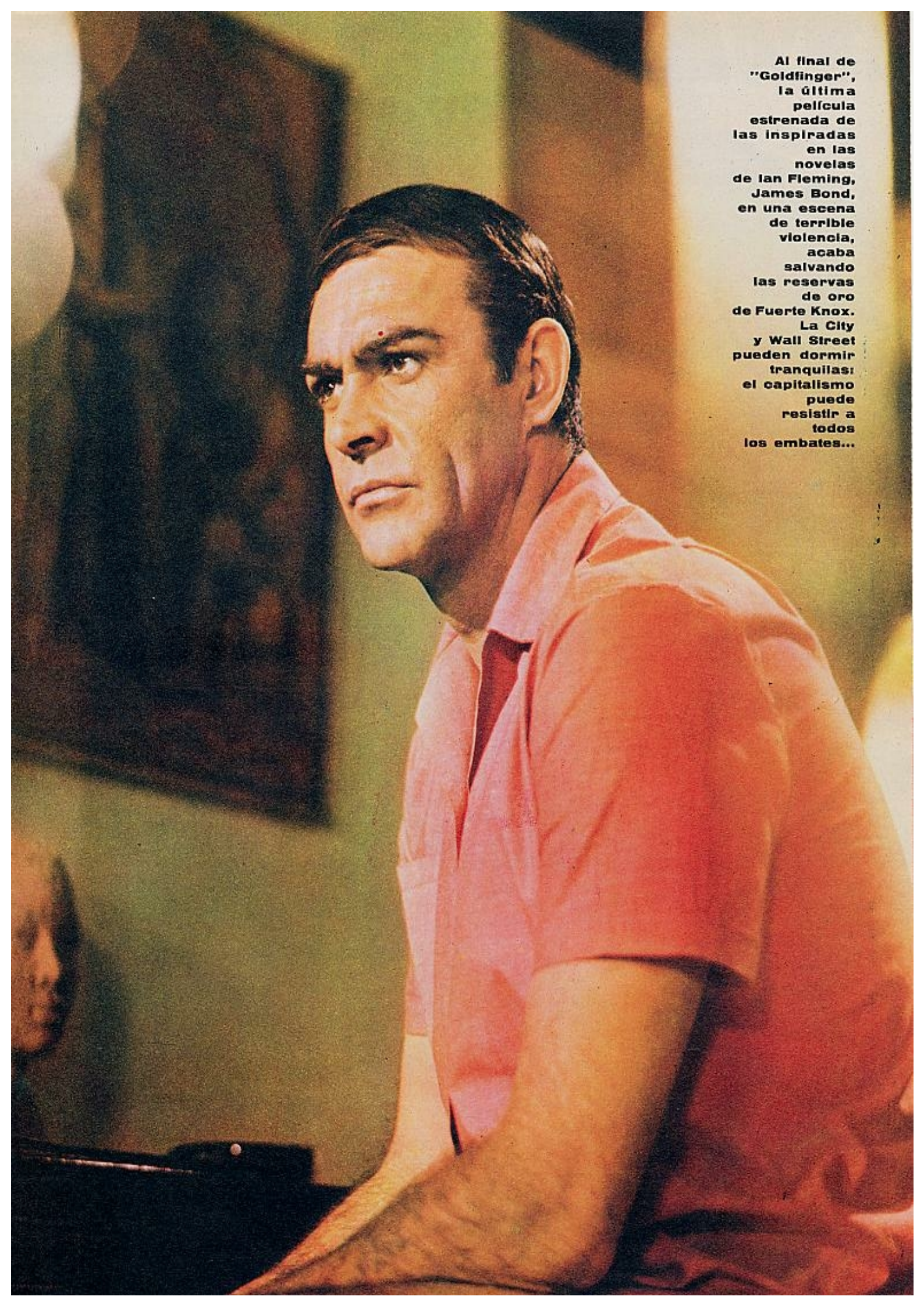
EN UN MUNDO DE SEXO Y VIOLENCIA



EL MITO DE JAMES BOND

James Bond es eterno. Con buena voluntad se le puede encontrar muchos siglos atrás, cuando se llamaba Ulises. Hacia el siglo XIV su nombre podía ser el de Amadís de Gaula. Hace unos años era Fantomas, Rouletabille, Raffles, Sherlock Holmes. Sus advocaciones son infinitas: bajo ellas, el ciudadano es siempre el mismo. Cambian sus atributos. James Bond agota todos los curiosos atributos del superhombre de nuestro tiempo: armas, cigarrillos, automóviles, trajes, bebidas, aviones, hoteles, sexo y violencia. Ulises tenía una fuerza colosal, y su arco era tan duro que sólo él podía tensarlo con sus manos rudas. James Bond lleva una Beretta 25 automática, con ocho balas en **SIGUE**

*Por Juan
ALDEBARAN*



Al final de
"Goldfinger",
la última
película
estrenada de
las inspiradas
en las
novelas
de Ian Fleming,
James Bond,
en una escena
de terrible
violencia,
acaba
salvando
las reservas
de oro
de Fuerte Knox.
La City
y Wall Street
pueden dormir
tranquilas:
el capitalismo
puede
resistir a
todos
los embates...



La mujer, considerada como objeto, es un accesorio más en el mundo de James Bond, un mundo de sexo, violencia y "gadgets", en el que el agente 007, con autorización para matar, evoluciona seguro de sí mismo y sin renegar jamás de su personalidad, mito y símbolo.



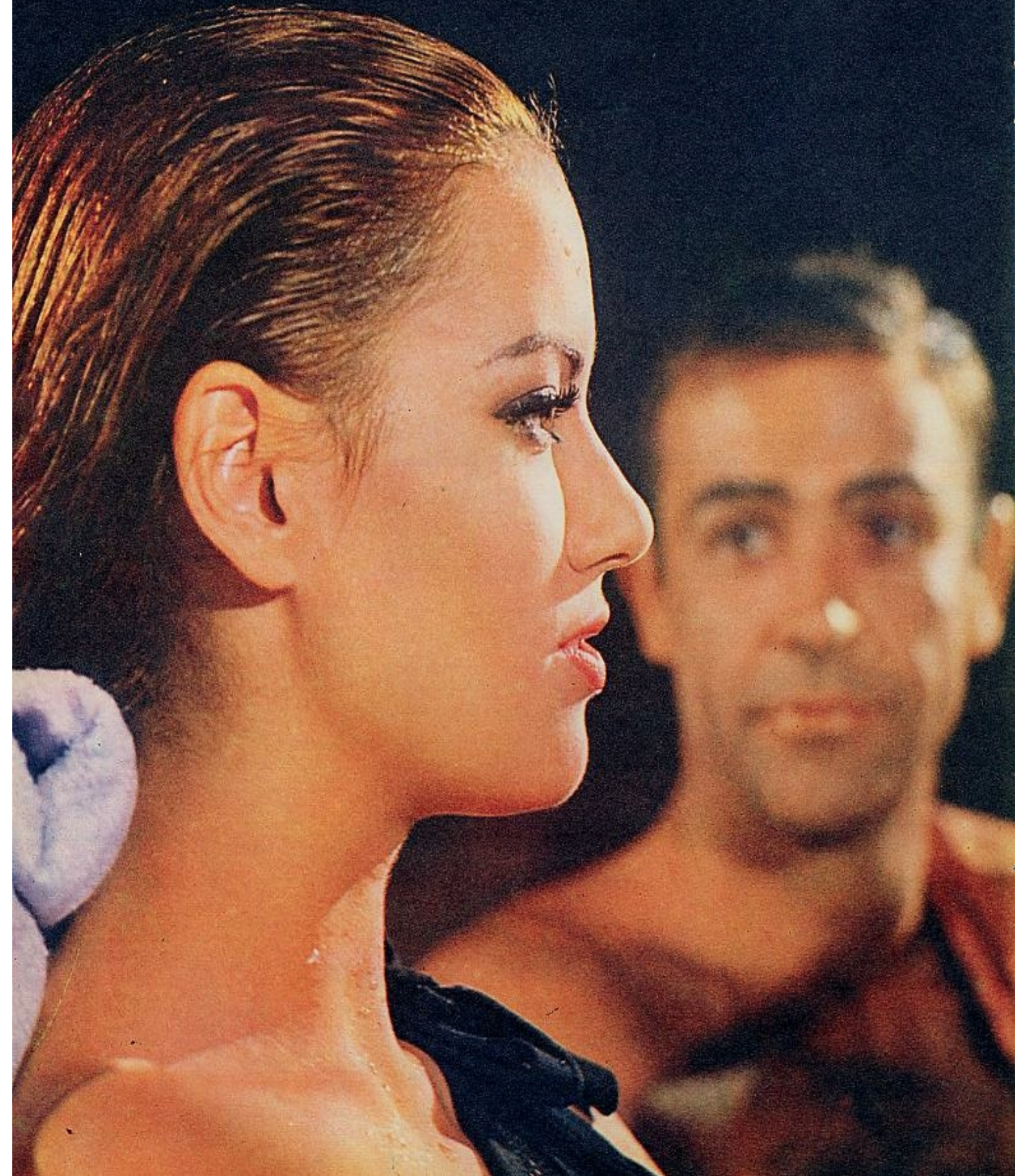
JAMES BOND

el cargador, en su sobaco izquierdo; pero quizá este atributo es escaso, y su autor, Ian Fleming, le suministra a veces armas más extrañas, más ricas, más, podríamos decir, exquisitas: un «Walther PPK», 7,65 mm., con funda Berns Martin de triple tirante, o un «Smith & Wesson Centennial», calibre 38, o un fusil «Weatherby 6/62 New Savage 99 Fs» de cinco disparos, con teleobjetivo y cañón estriado de gran velocidad, 250-3.000. Descripción larga y extraña, incomprensible para quienes en materia de armamento nos limitamos a recoger en el campo una piedra con que asustar a un perro que previamente nos ha asustado a nosotros, pero que en su fondo oculta uno de los secretos de James Bond: su amor por las fórmulas excesivamente compuestas, su necesidad de productos complejos. Cuando Bond fuma —el parecer, unos sesenta cigarrillos diarios, lo cual, si consideramos que su edad-tipo es la proximidad de la cuarentena, es una barbaridad desaconsejable— no entra, como cualquier mortal, en un «tobacconist» de Londres, sino que encarga una mezcla especial de tabaco turco y balcánico que le prepara Morlands —Grosvenor Street— y se los hace con una boquilla especial que lleva tres listas doradas. Lo cual en más de una ocasión le valió ser identificado antes de tiempo. No le importa. James Bond nunca cambia de nombre ni se disfraza. Es uno de sus orgullos. Está satisfecho de sí mismo: practica el culto a la personalidad. Ulises era menos fino en ese aspecto, y no le importaba regresar a su palacio disfrazado de mendigo para estudiar de cerca la fidelidad de Penélope. Cuando Bond regresa a Londres no necesita nada para comprobar que sus propias Penélopes le aguardan. Se trata de unas dulces criaturas de cómicos nombres: Loelia Ponsonby, Mary Goodnight, miss Moynepenny, secretarias en el gran santuario de los servicios secretos británicos, que entretienen su espera sin esperanza —Bond es incansable— tejiendo y destejendo expedientes en los que se escriben las más fabulosas aventuras del mundo, que ellas tratan con frialdad profesional. Creo —por el escritor inglés Malcom Muggeridge— que estas señoritas existen más o menos en la realidad: se eligen entre sólidas familias inglesas del campo —de la aristocracia campesina—, con un sentido patriótico y una excelente cuenta en el Banco, con el fin de evitar que secretarias de más humilde procedencia fuesen tentadas a vender los secretos que manejan indiferentes, entre bombón y bombón. Creo que el santuario existe, aunque sea menos romántico que como lo describe Fleming, y que hay realmente un jefe misterioso conocido por una inicial. «C» es el de ahora. «M» era el superjefe ideado por Fleming para James Bond, para el agente 007 —y ya se sabe que el doble cero significa «autorización para matar»; un viejo almirante retirado que comparte al menos en una cosa el amor de James Bond por las fórmulas complejas: en la gastronomía. No siempre es fácil seguirles cuando almuerzan juntos. Una vez, «M» invita a Bond en su club y el almuerzo se inicia con vodka: precisamente vodka de antes de la guerra, Wolfschmidt, procedente de Riga. Antes de la elección del champagne hay una breve discusión acerca de si conviene o no depositar polvo de pimienta negra sobre la vodka o no; «M» se abstiene, Bond espolvorea. El champagne no es fácil: menos lo es la elección del vino. Bond preferiría un Mouton-Rotschild 34, «M» preferiría el buen viejo Taittinger; el agudo problema lo resuelve el «sommelier» del club —el querido Grimley!— con un Dom Perignon del 46, que ya no se encuentra ni en Francia. En la comida no hay acuerdo. «M» se decide por el caviar —de Beluga, naturalmente—; Bond por el salmón ahumado, que resulta ser de Escocia, donde dicho animal —con perdón— adquiere una suave consistencia gracias a su permanencia en los ríos de montaña, cosa que no ocurre con los tristes salmones de Escandinavia. El punto patriótico está en la segunda elección: «M» quiere ríñones a la inglesa —con su bacon, con sus patatas nuevas—; Bond, chuletas de cordero con las mismas legumbres; pero las chuletas de cordero requieren —¡elemental!— unos cuantos espárragos, un poco de salsa bearnesa. Y Doble Cero Siete comenta:

SIGUE



Una bofetada, un brazo retorcido, un empujón a tiempo llevarán inevitablemente a la "Bond-girl" de turno -en este caso Claudine Auger, pareja de Sean Connery en "Operación Trueno"- al pasmo amoroso y a exclamar en "Goldfinger": "Por fin he encontrado un hombre".



«Cuando la cocina inglesa es buena, es la mejor del mundo». Si no se tratase del Insobornable, pensaríamos que quiere halagar a su superior, el viejo almirante convertido en jefe del espionaje británico, para conseguir un ascenso. La comida termina con el postre y Bond no tiene un momento de duda: una raja de piña. «Demos gracias al cielo por su decisión», comenta «M».

Estas complicadas descripciones de almuerzos, de armas, de automóviles —de marca inglesa—, de habitaciones de hotel, de combinaciones de bebida, una larga lista de nombres y cuerpos de mujer, gran accesorio de hombres, ocupan una larga parte en las novelas de Ian Fleming. Son, precisamente, su densidad. Constituyen un catálogo del mundo a nuestro alcance. ¿A nuestro alcance? A nuestro sueño, o al sueño de quienes los tengan de ese tipo. James Bond representa lo de siempre: una fábrica de sueños. Cuando el pobre caballero de la City camina de Banco en Banco con sus letras en la cartera, tocado con el hongo que le hace respetable, imagina sin duda que su sombrero, comprado humildemente en un almacén de la calle predestinada llamada Old Bond Street puede llegar a tener las alas de acero como las del criado siniestro de Goldfinger, aunque en lugar de emplearlo para asesinar señoritas le sería enormemente útil para cortar correctamente la cabeza de su jefe; quien a su vez sueña con la cabeza de su jefe superior, quien a su vez... Y todo queda, finalmente, en una triste sonrisa desdibujada por la niebla. Pero el toque de sadismo ha alcanzado ya al caballero. El asesinato y rapto de señoritas es frecuente en las novelas y en las películas de Bond. Es el sadismo del pobre —lejos ya del «divino marqués»: se trata de una vulgarización—. Bond, como Ulises, se limita a poseer velozmente. Con un sentido del tiempo más de nuestra época que el que tenía el griego, Ulises estuvo un cierto número de años con su Ursula Andress en la isla de Ea; a Bond le bastan unos minutos con la Circe de servicio en cualquier hotel —no, en cualquier hotel, no: en el mejor— de Jamaica. El sadismo está a cargo de los «malos», que las degüellan con sus sombreros malditos o las pintan de oro para que sus poros no respiren y perezcan. ¡Qué admirable símbolo de nuestro tiempo el de esta muchacha muerta bajo una capa de oro! (Pero el gran oro estará, al final, a salvo: Bond defenderá las reservas de Fuerte Knox, y el capitalismo se habrá salvado. La City y Wall Street pueden dormir tranquilas: el becerro de oro no perece tan fácilmente como la muchacha murió en la alcoba de James Bond, precisamente porque James Bond tuvo que ausentarse hasta el frigidaire en busca de un champagne que estuviese a la temperatura precisa de cuatro grados.) Pero, a veces, los protagonistas del sadismo no son los malos: son los amigos ocasionales de Doble Cero Siete. Como aquel Darko Karim de «Desde Rusia con amor», que cuenta la historia de la muchacha de piel oscura —una muchacha de Besarabia— que lleva con él: «La gané en un combate con algunos gitanos en las colinas que hay tras Estambul. Ella se lanzó sobre mí, y la poseí a bordo del bote. Primero tuve que golpearla hasta dejarla inconsciente. Aún intentaba asesinarme cuando volvimos a Trebizonda, por eso tuve que llevarla a mi casa, despojarla de todos sus vestidos y mantenerla desnuda y encadenada bajo la mesa. Cuando como le arrojé las sobras bajo la mesa, como si fuese un perro. Tiene que aprender quién es su amo...». Esta delicada descripción la hace, naturalmente, un hombre de otra raza, un no británico. James Bond se limita a algunas bofetadas, a algún brazo retorcido, a algún empujón a tiempo, lo cual lleva inevitablemente al pasmo amoroso a la señorita así interpelada, que suele exclamar —como la «Pussy Galore» de «Goldfinger»—: «Por fin he encontrado un hombre». Y el sadismo, y el masoquismo, y la violencia, y la muerte brutal, se expanden como un perfume morboso de las novelas de Ian Fleming. Todo ello a la mayor gloria de una sociedad que se proclama perfecta.

* * *

Malcom Muggeridge concluye que James Bond es una idealización del propio Fleming, que era, precisamente, el caballero opuesto. Su descripción de Fleming es ésta: «Debemos admitir que, como Bond, Fleming representaba mal su papel. Su rostro, a pesar de una buena dosis de **SIGUE**

JAMES BOND





Veinte millones de personas han comprado los libros de Ian Fleming. Y otros cien habrán visto las películas de la serie. Kennedy, la noche antes de morir, dejó abierta, en su mesilla, una novela de James Bond. Y Oswald dejó en su celda, a medio leer, otra. La del Presidente era una edición de lujo, la de Oswald en rústica...



tratamiento de barbero, aparecía siempre flácido, rubicundo y amable... Sus trajes, siempre escogidos con consideración elaborada, no parecían nunca perfectamente adecuados o particularmente elegantes. Y como muchos atletas llegados a edades maduras, había comenzado a ganar peso, una condición que trataba de corregir, de cuando en cuando, sometiéndose a una cura de régimen... La verdad es que los «best-sellers» nacen de ancianos sin esperanzas, y no de la satisfacción. Las escuálidas aspiraciones de Fleming y sus sueños fantásticos resultan coincidir con los de toda una generación. Tocan un nervio. El poco glorioso apetito por la velocidad y el toque del pie en el acelerador y, con respecto al sexo, el toque de una mano sobre la carne, encuentran la expresión en sus libros. Vivimos en el siglo del Bond Común, y Fleming lo creó.

Yo difiero de esta conclusión en el sentido de que, como antes decía, no creo que Fleming acuda a sentimientos peculiares de esta generación o de este siglo —los moralistas siempre culpan a su siglo de los males que son eternos—, sino que emplea los atributos de este siglo para exaltarlos. Es decir, que explica cómo nuestra sociedad produce los suficientes «artículos de caballero» como para convertir a cualquiera en superhombre. Ulises tenía que ser fuerte —dicen los anuncios— a cualquier alfeñique. Aquiles corría más velozmente que nadie, porque era joven y era poderoso; hoy, un ser caduco, envenenado por sesenta cigarrillos diarios y por barreños de vodka de Riga o de «bourbon» americano, multiplica por cien su velocidad gracias al acelerador de un Bentley (de cuatro litros y medio, modificado por Amherst Villiers, como dicen ser el de Bond). Los instrumentos llevan a todo, a condición de poder adquirirlos. A condición de ganar mucho dinero. Y sólo se puede ganar mucho dinero respetando el oro de Fuerte Knox, que un misterioso Goldfinger quiere convertirlo en inútil por medio de la radiactividad. Un misterioso Goldfinger que actúa con ejército de chinos a su servicio y que, cuando se ve perdido, trata de irse en avión al aeropuerto de La Habana... Lo cual está muy lejos de ser una pura coincidencia.

* * *

Veinte millones de personas han comprado los libros de Fleming. Aproximadamente, esto supone unos cien millones de lectores, teniendo en cuenta que un libro puedan leerlo, en el tiempo inmediato a su aparición, unas cinco personas por ejemplar. Es probable que otros cien millones de personas hayan visto a James Bond encarnado en el rostro impenetrable y cínico de Sean Connery. La noche antes de su muerte, el Presidente Kennedy dejó en su mesilla de noche, a medio leer, una novela de James Bond —edición de lujo—. En el momento en que la Policía de Dallas conducía a su presunto asesino, Oswald, hacia el patio donde iba a ser a su vez asesinado, el pobre diablo dejó en su celda, a medio leer, una novela de James Bond —edición en rústica, comprada de ocasión—. Estos dos personajes habían realizado su trágica unión por un mundo de accesorios de los descritos por James Bond, de personajes de James Bond. Un fusil de alza telescópica, un «Colt» manejado por un propietario de cabarets de desnudo en una ciudad donde un misterioso general retirado dirige una organización política semisecreta; una esposa rusa reconvertida del comunismo; una organización procastrista que había expulsado a Oswald, y un fondo de magnates de acero, de gangsters —Jimmy Hoffa— de la «cosa nostra»; un telón confuso y abigarrado de raros periodistas, de raros policías, de raras organizaciones... Sólo los censores moralistas creen que la literatura de malas costumbres modifica la vida; la realidad es que es la vida la que crea esa literatura, y en ese sentido es cierto que Ian Fleming tocó un nervio de nuestro tiempo; pero no lo inventó. Ciertamente es más fácil censurar la literatura que la vida; únicamente, esto no sirve para nada.

J. A.

Las fotografías que ilustran este artículo, con excepción de la primera y la última, correspondientes a «Goldfinger», pertenecen al más reciente film de la serie, «Operación Trueno».

(Agencia PIERLUIGI)

JAMES BOND

